

# "Hijos del Salitre. Tren Cinco y Treinta"

por José Díaz.

## Capítulo I

Después de un largo día en Humberstone, decidí echarme a dormir y a ponerme a pensar que tan productivo fue el día.

Cuando desperté, ya eran las ocho y media de la mañana y me di cuenta que era hora de que me llamara para despertarme la Melania.

- ¡Apúrate, flojo que ya va'i a llegar tarde al trabajo!

Era lo único que no quería en ese momento, pero como era obligación ir al trabajo, me tenía que levantar, ya que era nuestra única fuente de empleo.

Luego de discutir con la Mela, se fue a comprar a la pulpería con algunas fichas del mes pasado y las únicas que nos quedaban. Yo me puse a tomar el desayuno y me alisté para caminar los dos kilómetros que acostumbraba para llegar a la oficina salitrera. Yo era, como la mayoría, un obrero más de entre los tantos.

Llegué a mi puesto y comencé a trabajar para un futuro mejor y siempre pensando en que algún día iba a salir de esta situación de miseria.

Cuando eran las tres de la tarde del día veinte de octubre de mil novecientos treinta, el jefe comenzó a hablar:

- “ Todos los trabajadores de mierda van a ir a cobrar sus fichas en una hora más. Las van a cobrar conmigo, con nadie más. Pobre el retamboreado que no las cobre, por que se va de aquí sin que pueda reclamar. ¡Sigán trabajando!. “

Las palabras de Santibañez se escucharon en toda la salitrera. Y todos volvimos a trabajar, pensando en lo que dijo el guatón del jefe, escuchando las explosiones que a cada cinco minutos estremecían y soltaban la tierra que los obreros estaban trabajando.

- “Cuatro de la tarde”

Escuché esa palabra, dejé mi pala y corrí a formarme (por que así lo pedía el gordo) y empezamos a caminar en dirección a la casona que olía a pintura fresca. Al frente nuestro estaba él, con un libro de registros en donde anotaba los que recibían las fichas. También tenía una radio en donde escuchaba “París je t’aime d’amour”, que luego fue seguida por una cancioncita que decía lo lindo que era Santiago, con sus callecitas y gente feliz de vivir, con su prosperidad y la alegría bonita de ser capitalino y finalmente una caja de latón que se veía algo pesada y abollada por la acción de las fichas que habían pasado por ahí.

Y comenzó a llamar uno por uno:

- “Sanfernandez... su remuneración... vállase”
- “Martínez... Tome y vállase”
- “Ramos de la Cerda... listo...fuera”

Era mi turno, y el gordo ya empezaba a mirarme con esa cara de conservador antiguo.

- “Balmaceda...tome...va...no tu no, te voy a decir algo, ven aquí a las nueve de la noche. Aquí mismo. Te espero...”

Me quedé estupefacto al oír lo dicho por el jefe, pues, nunca habla de frente con los trabajadores, sólo lo hace con un parlantucho y escondido en su oficina.

Llegué a mi casa con una preocupación que no me dejaba comer ni dormir la siesta, pues, era una de las pocas veces que nos podíamos arrancar del trabajo mas temprano que de lo acostumbrado.

Le dije a la Mela que tenía que salir (como era de costumbre ella me preguntó para qué), yo le contesté que era para una situación de trabajo y que cuando fueran las nueve tendría que estar en la oficina de Santibañez. Sin mayores preámbulos partí a la casona de los dos ca eme (así le decía el Santibañez a Humberstone, ya que la mayoría de los trabajadores le quedaba a dos kilómetros de distancia, sus puestos de trabajo).

Cuando llegué, me di cuenta que no sabía que hora era, pero como no tampoco sabía leerla, no me interesó.

A la entrada se encontraba el gordo junto con algo que me desesperó: se encontraban todos los trabajadores de la salitrera. Al comienzo me pareció algo atrofiante, pero al seguir los pasos que yo daba en la tierra, esto pareció subir de un nivel moderado a uno insoportable.

Cuando estaba frente a frente con Santibañez, él me dijo:

- “ Tu soy el último que faltaba. Ahora, vamos todos pa adentro...”

Después de esa bienvenida, nos sentamos en unas sillas de madera podrida que olía a humedad. Alzado a nosotros se encontraba Santibañez:

-“ Ustedes no son los últimos ni tampoco los primeros, no son los mejores pero tampoco los peores, no son la muerte por que son mas vida...” - justo ahí el Santibañez se cortó y lloró- “...como todos ustedes saben, hace un año pasó algo terrible en EE.UU, las bolsas de Nueva York se cayeron, según lo que escuché en esa radio... les tengo que decir que me caí profundamente y que lo que nos queda para hacer sobrevivir esta empresa son

menos de cien pesos... no tengo plata pa pagarle sus fichas, por que ayer en la pulpería se metieron a robar unos bandoleros y allá en Santiago está la embarrá con la política. Es así que he determinado que todos ustedes están despedidos... “

Las palabras de Santibañez me llegaron hasta adentro, muy adentro que casi me caí de la silla. Todos quedamos perplejos y pensando que todo esto era una putavidad de las mas malas y perversas...

Santibañez, luego de eso, nos pidió que nos retiráramos y que le dijéramos que no íbamos a tener fuente laboral. Lo único que a él se le ocurría es que nos fuéramos a Santiago a buscar nuevas esperanzas...

## Capítulo II

Eran seguramente las doce de la noche cuando entré y llegué a mi casa cuando me recibió la Mela...

- “ Y cómo te fue...”
- “ Pésimo, mal, muy mal...”
- “ ¿Por qué? - me preguntó en un tono de preocupación y miseria - te pasó algo...cuéntame...”
- “ Me echaron del trabajo... - le dije corto y preciso - me despidieron...”
- “ Pero por qué, qué pasó...”
- “ Algo en Nueva York...no sé...”
- “ Por la... - en ese momento la reprimí - ...los gringos de nuevo...”
- “ Si no solo los gringos, también esto viene de aquí...”
- “ ¿De Chile? ... pero que tiene que ver Chile, si estamos tan re bien...”
- “ Que no te vendan la pomada, Mela, por que parece que en Santiago está quedando la tendalada...”

Comprendí a la Mela en ese instante porque además de pobres, no teníamos sustento de vida y no teníamos solo algunas fichas para este mes. Era una desesperación muy terrible que no dejaba pegar los párpados para dormir un poco y pensar que íbamos a hacer mañana para salir de esta situación desventajosa que nos atrofiaba y no nos dejaba vivir como gente digna y civilizada que se catalogaba de “obrero”. Miserable persona que trabaja y vive como un proletario.

Al llegar el día, cuando los pájaros vuelan sobre los techos de nuestro conventillo, ya era momento de pensar en lo que nos deparaba el futuro: una vida de sufrimientos. Esa misma mañana le propuse a la Mela que arregláramos nuestras cosas y nos fuéramos de la nuestra pieza.

Después de haber terminado de almorzar, tomamos nuestras cajas llenas de ropa y algunas cosas que habíamos alcanzado a llevar y procedimos a meterlas a la carreta que yo había hecho para el cumpleaños de la Mela. Entonces, las echamos y entre los dos comenzamos a acarrear la carreta, que de por sí, iba un poco pesada...

Sin pensarlo dos veces, nos dimos cuenta que aquí comenzaba el éxodo de trabajadores más grande que nosotros hubiésemos visto. Digo esto por que miles de trabajadores de Humberstone iban detrás de nosotros buscando el mismo camino de prosperidad y deseo de trabajar y también de ganar algo de dinero, pues habían muchos trabajadores que llevaban a la carga mas de diez niños, lo que no era trabajo fácil mientras ellos eran obreros.

Todos íbamos con el deseo expreso de ir por algo mejor y vivir mejor, aunque para eso nos quedaba un montón de kilómetros por recorrer, no nos íbamos a rendir por la sed, por el calor sofocante del desierto o las lluvias fuertes de Santiago. Sólo mirábamos esa ciudad con lindas callecitas con gente próspera, cantando canciones lindas, como lo había escuchado en la radio de Santibañez. Ese era el Santiago que me imaginaba, un Santiago bailarín con el Charleston escuchado y con las mujeres felices con maridos trabajando. Eso me decía, así voy a ser yo con la Mela, no voy a ser mas un obrero, sino, un hombre con buen carácter, noble, trabajador, conocedor de las realidades de mis compañeros y viviendo en una casa con muchos niños, sin las preocupaciones de que nos falte alimento, tener un autito marca "Ford", o a lo menos, viajar en tranvía, seguro de llegar a mi trabajo sin problemas. Y a la noche, cenar con la Mela y los niños escuchando radio y bailando la alegría linda de ser una persona de ciudad, que lo único que quiere es eso...

- "No pienses tanto, Lalo, que nos queda mucho para llegar a la ciudad..."
- "Solo pienso en que si encontramos trabajo vamos a vivir muy bien..."
- "No pensís tanto, Lalo, que Santiago no es cosa de suerte, sino de esfuerzo y talento. Así que ya sabís Lalo, tienes que prepararte harto y llegar a ser el mejor como tu te imagináis..."
- "Ojalá que sea verdad lo que decís..."

Ahí comienza el éxodo de los trabajadores de Humberstone a Santiago. Serán caminos y andanzas muy difíciles para quienes quieren vivir mejor...

## Capítulo III: Llegada al Desierto de Atacama.

El calor del norte se hacía cada vez más intenso, pero se hizo cada vez peor cuando llegamos al desierto de Atacama. Muchos de los extrabajadores de Humberstone con sus niños comenzaron a caer por la acción del calor y la aridez del desierto de Atacama. Nosotros nos pusimos a pensar en el tren a vapor, pero, no teníamos dinero, solamente fichas que ni siquiera sabíamos si nos iban a servir en Santiago...

El calor era extenuante y no dejaba respirar. La Mela me dijo que paráramos y descansáramos por que ya no se la podía más. Nos pusimos debajo de la carrucha de madera y nos acostamos bajo la acogedora sombra que esta daba. Tomamos un sorbo de jugo natural y agua de una cantimplora pequeña que estaba llena hasta el tope. Algunos de los trabajadores siguieron su camino pero fueron cayendo a la arena de cansancio. Ahí logré divisar a mi viejo amigo de faenas, el flaco Espinoza, que iba con su mujer y ocho niños. Lo llamé y le dije que viniera. Él respondió y se asomó saludándome gratamente. En su cara se dejaba notar la cara de cansancio.

Rato después de conversar un poco a su llegada a nosotros, le dimos de nuestra cantimplora un poco de agua a él y a sus cargas, que también notaban cansancio:

- “Te acabamos el agua... y déjate de tomar tanta agua Heriberto... – dirigiéndose a su hijo más gordo - ...que no le vamos a dejar nada al Balmaceda...”
- “ No te preocupes, flaco, total tengo otra casi llena en la carreta...”
- “Bueno... oye, y que haz sabido sobre Santiago...”
- “Escuché que era una ciudad lindísima, con callecitas amplias y bonitas, con trabajadores dichosos de lo que hacen y con mujeres felices con sus hijos, sin tener preocupaciones de nada, con tiempo para vivir y en las calles, transportes de los más lindos...”

Espinoza abrazó a sus hijos y su esposa y finalmente a mí, llorando y sollozando se por lo dicho por mí. Luego me dijo...

- “Estás seguro que algún día llegaremos a vivir así como tu dices, felices de la vida, sin niuna preocupación por la mala vida, con la modernidad a cuestas, con una gran radio...”
- “ Sí, Espinoza, sí. Seguramente vamos a vivir así y mejor... dormiremos bajo techo, tendremos fuego con leña, animales y todo eso...”

Luego de eso todos nos pusimos a llorar.

Cuando retomamos el rumbo, ya estaba atardeciendo y Espinoza comenzó a abrigar a sus hijos y a su esposa con unas frazadas de lana. Por mi parte nosotros hicimos lo mismo. Todos ya sabíamos la aridez en el día del desierto y sabíamos del frío nocturno de la noche.

Espinoza me dijo que si él podía dejar a los niños en la carreta para que durmieran. Yo le dije que sí pero que tenía que tener cuidado con el ruido de las ruedas aplastando las piedras.

Divisamos al lado nuestro muchos trabajadores más, que aprovechando el frío podían recorrer más que caminando en el día en el desierto. En unas de esas miradas

logré ver a Marticorena, otro amigo de la mina. Cuando nos vio él paró su carreta y nos esperó para que llegáramos hacia él. Él nos saludó y por fin conocimos a su esposa, y nos sorprendimos al ver que no tenía hijos, pues, siempre lo molestábamos con que “se había quedado poniendo semillas” ya que faltaba mucho. Nunca pudimos comprender por qué nunca lo despidieron del trabajo.

- “Chuta, hasta que conociste a mi huera...”
- “Ya estaba sospechando de ti, Marticorena”, dijo Espinoza al verlo,
- “Yo pensaba que tenías mas po’ Marti”, dije yo al verlo, también.
- “No sean pesados conmigo, si total yo faltaba porque... porque...”
- “Por que no podía poner...”, le interrumpí, y todos nos pusimos a reír, incluso el Marticorena
- “¡Ya, silencio y sigamos caminando!”, dijo Espinoza con voz que llegó a despertar a sus niños que terminaron por llorar.
- “Bueno, cálmate, que ya te parecí a Mister Sir Santibañez...”
- “Orgulloso de mí, mis camaradas, pues, por lo menos puedo mandar a alguien...”
- “Que acaso lo admiras...”
- “Y por que ustedes no...”
- “Por que además de ser viejo, guatón y feo es... - Ahora me la devolvió la Mela reprimiéndome-...”
- “Ya, ya, ya ... tranquilos...”

Y así seguimos el viaje, lleno de felicidad porque me libré de lo que tenía guardado durante los quince años que llevaba trabajando en Humberstone.

La Mela me preguntó cuanto faltaba para llegar a Santiago. Yo le respondí que solo caminar, por que faltaba mucho.

“¡Está amaneciendo!”. Fue la primera palabra que escuché al comenzar el día. La Mela me había dicho que me quedé dormido mientras caminaba. También me dijo que Marticorena y Espinoza se adelantarían por que querían conocer primero que yo la ciudad que yo les había dicho. Mela me dijo que ella le había dicho a Marticorena lo de Santiago, este se entusiasmó y partió con Espinoza en busca de Santiago.

El calor seguía aumentando y yo le dije a Mela que nos apresuráramos en terminar el desierto. La noté un poco rara, pues tenía cara de enferma. Terminó por desmayarse. Me di cuenta inmediatamente de eso y la puse en la carreta en donde ya no estaban los niños de Espinoza. Eso sí lo que estaba, era la frazada de los niños que era de lana. En eso tapé a la Mela y seguí mi camino yo solo, tratando de caminar con un poco mas de carga.

Ya estaba amaneciendo en este desierto que ya se estaba convirtiendo en un infierno. Ver solamente arena, espejismos y mucho amarillo que a la larga se convertía en blanco.

Cuando ya parecía que esto no se iba a terminar, pasó algo que me sorprendió: por fin vi algo diferente, algo más diferente que solo arena a kilómetro: Eran rieles de tren que traía con ello unos pastizales que daban la sensación de llevar agua en sus primorosas hojitas. Al principio pensé que esto era otro estúpido espejismo, pero al acercarme y al tocar sus húmedas hojas, me di cuenta que esto era nada más que la verdad. Cuando me volví a dar cuenta que había un riel de tren, pensé que si una locomotora pasaría sobre esta desolada porción de tierra. Bajé mis manos para dejar el carretón y esperar a que pasara el milagro, mientras Mela seguía durmiendo en un profundo sueño.

## Capítulo IV: La larga espera de Lalo.

Me senté en la tierra y esperé. Tenía toda la ilusión viva de que el tren pasaría.

Supuestamente, Espinoza y Marticorena tenían que haber visto este riel, pero por el apuro que tenían por llegar a la ciudad, no se quedaron a esperar.

Ya el calor en el desierto provocaba desmayos en la gente que veía a mi lado, pues me pedían agua y me preguntaban por qué me quedaba ahí, parado. No les respondí por que las razones eran mas o menos confidenciales. Pero al dar vuelta la cabeza, e encontraba... Espinoza con su hijo gordito votado en el suelo y su esposa pidiendo al cielo que lo devolviera.

- “Me podís convidar un poco mas de agua... ¡el Heriberto se me está muriendo! ...”
- “Ya... cálmate un poco ...”

Corrí a buscar el agua que me habían pedido y en eso logré despertar a la Mela que me preguntó que pasaba.

Llegué a donde Espinoza con la cantimplora y se la puse en la boca de Heriberto que tragó un poco y nada de la cantimplora. El niño ya había muerto. Lo reanimamos de todas las maneras posibles, pero nada. Su deceso fue eminente. Solo las lágrimas de sus padres y Hermanos podían demostrar el afecto que se le tenía y la tristeza de perder un hijo.

Lo que atinamos a hacer en un breve momento fue enterrarlo en alguna parte de la arena, al lado de la línea ferria. Mientras lo poníamos en un hoyo mas o menos profundo, me percaté que estaba esperando la locomotora que supuestamente estaba esperando. En lo que eso me preguntó Espinoza.

- “ Gracias por lo que hiciste, Balmaceda... Pero, que estabas haciendo...-”
- “ Yo estaba tratando de esperar un tren que tiene que pasar por aquí, por la ferria...”
- “Y cuánto creís que se demore...”
- “ El tiempo lo sabe...”

Le dije eso para darle un poco del ánimo que había perdido.

*Fuente: Sitio de las Juventudes Comunistas de Chile*



Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios “Miguel Enríquez”, CEME:

<http://www.archivo-chile.com>

Si tienes documentación o información relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos la envíes para publicarla. (Documentos, testimonios, discursos, declaraciones, tesis, relatos caídos, información prensa, actividades de organizaciones sociales, fotos, afiches, grabaciones, etc.) Envía a: [archivochileceme@yahoo.com](mailto:archivochileceme@yahoo.com)

**NOTA:** El portal del CEME es un archivo histórico, social y político básicamente de Chile. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativo culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores. Los contenidos de cada fuente, son de responsabilidad de sus respectivos autores.

© CEME web productions 2005

